

Andrés Eloy Blanco

A UN AÑO DE TU LUZ

MEXICO, 1950.

HOMENAJE DE LA EDITORIAL
AVILA GRAFICA AL AUTOR
VENEZUELA, 1951

Andrés Eloy Blanco

A UN AÑO DE TU LUZ

MEXICO, 1950.

HOMENAJE DE LA EDITORIAL
AVILA GRAFICA AL AUTOR
VENEZUELA, 1951



Desde Ciudad de México nos llega la voz, profunda y tierna, de Andrés Eloy Blanco con uno de los más hermosos, de los más egregios mensajes poéticos de cuantos se han dejado escuchar en los últimos tiempos en América. El poeta, golpeado en la lucha fiera y ciega de los hombres, se vió sometido a la prueba suprema cuando, en pleno pecho exhausto, tuvo que recibir el dardo más hondo, el golpe definitivo de la muerte de la madre. A un año de esta pena, se empina la palabra de luz, la palabra que viene de las raíces maternas y de las raíces intocadas de la propia personalidad, y tenemos el homenaje grave de este maravilloso poema en donde ha ido recogiendo y afinando Andrés Eloy Blanco lo mejor y más puro de sus emociones de artista.

No es caso de entrar a calificar la personalidad ni la obra de un poeta como Andrés Eloy Blanco. Esa personalidad y esa obra es verdad que reclaman el enfoque sereno, la valoración mesurada y ecuánime, porque la vida misma del compatriota ha impedido o dificultado tal realización. Esa vida de desbordado y trágico venezolanismo, amasada en barro amargo de sacrificios y de pesares verdaderos y legítimos, y que, sin embargo, ha mantenido la limpidez, la pureza del caudal lírico y de la fé idealista, como la corona de llantos que orlan la sencillez y la dignidad en el hogar. La labor del poeta ha sido

olvidada en la pelea permanente aceptada por el hombre, y la Patria que pidió un sacrificio, todavía tiene voz para reclamar el otro sacrificio de la compensación. Le sonó a Andrés Eloy Blanco la hora de completar la obra que a la Patria debe y que la Patria espera.

Nosotros comprendemos el llamado sereno y doloroso que hoy resuena en el alma del gran poeta venezolano. Acaso, al recogerlo, está dictando una grave lección a todos sus compatriotas, especialmente a aquellos que nos hemos sumido en la fiebre voraz de la pelea. Esta admirable Elegía que hoy nos ofrece el corazón macerado del hijo, es Canto también de alta esperanza, porque en él se recuperan, se enaltecen hasta la plegaria y hasta el llanto, los valores fundamentales del alma, los que dan cimiento a la piedra de eternidad para los hombres y para las Patrias.

Jamás, desde México, había recibido el corazón venezolano mensaje tan emocionado y de tanta significación como el que ahora recibe de Andrés Eloy Blanco. Y en el mensaje viene para la Patria la realidad de su poeta, en plenitud de hermosura, en la hora mejor de la creación, bañado en la luz de la gloria que nadie puede negar. La luz que le alumbró el primer día y le acompañará hasta el final. Claridad interminable para la culminación de la obra del hombre y del poeta.

Claridad eterna del amor y de la Patria, por la que ahora contraes el más grande de tus compromisos, oh! Poeta, que para la pena recobras el ímpetu de aquellos días juveniles, cuando nunca soñaras rezarnos, desde una tierra distante: "A un año de tu luz, e iluminado".

Pedro Sotillo.

Caracas, 1950.

A UN AÑO DE TU LUZ

A UN AÑO DE TU LUZ, e iluminado
hasta el final de su latir, por ella,
desanda el viaje el corazón cansado.

De tu voz, de tu mano y de tu huella
retorna a la niñez, donde palpita
sangres de luz tu corazón de estrella.

Vamos los dos a la esperada cita
y parece saltar de mi costado,
santa y clara, tu voz de agua bendita.

Y así al solar de la niñez llegado,
mi corazón, devuelto de tu muerte,
a un año de tu luz, e iluminado.

Luna de Cumaná, para encenderte
la lámpara de arrullo que me duerma
y el postigo de voz que me despierte.

Luna en el pan de la colina yerma,
en el río, en el golfo, en la sabana,
pavón lunar de mariposa enferma;

y luna en el cocal, junto a Chiclana,
donde el recuerdo azul de tus amores
se echa a dormir, como una caravana;

luna para los mapas de colores
que teje la nocturna confidencia
rumbo a la calle de Flor de las Flores

y luna que en tus uvas se aquerencia
para la miel de aquellas de tu parra
y el limón de las doce de tu ausencia.

Ancha la casa que el poema narra:
blancas mujeres, de azabache el pelo,
hechas al par de hormiga y de cigarra;

buenas para el bautizo y para el duelo,
parejas en el hambre o en la medra,
del sueño canto y del dolor pañuelo.

Galaica flor en castellana piedra:
vacuada al acueducto segoviano
la ría de candor de Pontevedra.

Así te halló el Esposo y Hortelano,
Doctor para saber cómo se tienta
el pulso al corazón desde la mano.

Así el hogar, Señora y Cenicienta,
nodriza y enfermera en el manejo
y en el combate al sol, lugartenienta.

Así la lucha y la prisión, espejo
de aquella tierra de recluta y canto,
panal del niño y retamal del viejo.

Y tu niño en la flor del camposanto
y el Esposo en el sol de los caminos
y el exilio y el mar: cosas del llanto.

La Isla de los lobos peregrinos,
de níspero el sabor, de perla el flanco,
de sal, de sol, de piedra los marinos.

Copia de espuma y ola en el barranco,
de noche y playa, Médico y Cochero,
el coche negro y el caballo blanco.

Y la virgen del Valle y del vallero,
perla para los buzos hacia arriba,
madre del mar y de su marinero.

La Isla, como tú, del mar cautiva,
con eso de la sed y de la vela,
siempre llegando y siempre fugitiva.

Dormir allí, bajo tu cantinela,
soñar domingos de color de playa
en la semana de color de escuela.

Dormir allí, pescado en la atarraya
de tu labor de estambre y mecedora
mi sueño, entre las dunas de tu saya.

Ay, las hermanas de durazno y mora!
Ay, mi hermano de amor y de centella!
Ay, mi Padre de luz y tú de aurora!

Ay, el claro querer sin la querella!
Tu pan, tu sol, tus ojos, para el día;
para la noche, kerosén y estrella.

Para la noche de ponerte fría,
cuando oíste subir de tus hinojos
el llanto de mi verso que nacía.

Yo en tus rodillas, en la calle abrojos,
en la acera los dos, y una saeta
mi primer verso fué para tus ojos.

Me alzaste en brazos; trémula y coqueta
fuiste y volviste de la risa al lloro
y empezaste a gritar: —Tengo un poeta!

Tú quisiste decir: —Tengo un tesoro,
tengo un ovillo de torzal de plata
y una cocina de fogón de oro...

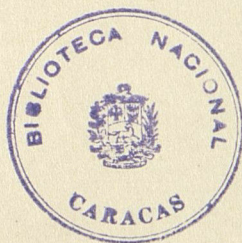
Así la Isla: calles de piñata,
amor de la cometa y la gaviota,
cartas de sol con lunas de postdata.

Hasta el día en que el mar, gota por gota,
cayó desde las nubes de tu llanto
hasta los pies de tu muñeca rota;

y otro pedazo tuyo al camposanto:
niña del mar, que te prestó la tierra;
tanto te daba y te quitaba tanto.

Y al mar de nuevo, la balandra en guerra,
y el cabo al tajamar y el salto al valle
del pequeño calvario y la alta sierra.

La ciudad linda, de guirnalda al talle,
el bronce amado y el verdugo triste
y el silencio del hombre de la calle.



De allí acá, lo que amaste y lo que diste,
pobreza alegre, dignidad del trino,
lo que rinde el canario en el alpiste.

La vida cara y el caudal mezquino
pero eran molinero y molinera
conformes al moler de su molino.

Pan blanco, traje limpio y clase entera,
nosotros, el jardín, y al riego diario,
mi Padre el agua y tú la jardinera.

El sudor de mi padre... y del armario
sacabas y templabas en tu seno
sus ropas de dormir, de escapulario.

Ignoraste el rencor y el veneno,
tu pañuelo jamás midió el camino
que había entre tu amor y el llanto ajeno.

Eras cuidar el vaso y dar el vino,
como el remanso, cuando da el lucero,
pero se queda con lo cristalino.

De tí la plenitud al mundo entero,
al mundo gris, que te pasaba al lado,
fiel cobrador y amargo cobradero.

Y así hasta el fin. El hijo que ha marchado
llevando de tu voz, en el oído,
algo que no ha dormido y ha llorado.

La vuelta del amante malherido
y el trance de tu angustia a su regreso
buscándole el regreso del olvido.

Y esa noche sin Dios que trajo eso!
mi padre muerto, yo a su cabecera
y tú a sus pies, amortajando el beso.

Siguió tu oficio de sepulturera:
muerto el hermoso hijo en mala muerte
y sembrando algodón tu cabellera.

Presos los hombres de la casa; fuerte
se te hizo el corazón, y asombrada
se asomaba tu angustia para verte.

Una tarde te ví, por la enrejada
ventana del penal, de nieve el pelo,
sin un temblor la cruz de la mirada.

El páramo, un lugar vecino al cielo
y una alcabala allí, donde el espía
desmoronó tu pan de bizcochuelo.

Y tus manos de bruja artesanía
en el punto cabal de la chaqueta
y en escarpines de juguetería.

(Por eso, tejedora en el Poeta,
en la dantesca red de los tercetos
engarzo a tí lazada y cadeneta).

Y el regreso a los hijos y los nietos,
feliz de tus estancias favoritas
y enredada la lengua de alfabetos;

y la puntualidad de tus visitas
a misa de San Juan, por la mañana
o a la capilla de las hermanitas.

Morir, morir... La insustituible hermana
al reino de la nube y de la flecha,
luna descalza, huyó por la ventana.

No fué más que otra deuda satisfecha
en el trueque de savias y de amores
que había entre la tumba y tu cosecha.

Tu casa de San Luis de los Dolores
alzó al lacrimatorio de los pinos
la conciencia de ángel de las flores.

Y tú a sus pies; el odio en los caminos
y tú ofreciendo en el cruzar del fuego
aire de amor a todos los molinos.

Era molerte el alma; el mundo ciego
luchando, y tú, en el centro de la guerra,
sin queja, sin rencor y sin sosiego.

Y al último dolor, tu vida cierra
balance de los hombres de tu entraña:
bajo la tierra, dos, y uno sin tierra.

Al mar de nuevo, a darme en tierra extraña
la valiente mirada que quería
luchar contra la gota en la pestaña.

Después, aquellos hombres de alma fría;
el inhóspito lecho hospitalario;
tu mano tejedora que tejía,

como estaciones de su itinerario,
sobre la tela del cercano cielo,
el encaje final de tu rosario.

Y el regreso al hogar, el negro vuelo:
con las dos alas el avión cortaba
varas de noche para nuestro duelo.

Aldebarán, que nos acompañaba,
las Pléyades y el mar que las refleja
miraron una urna que volaba.

Al final del estambre en tu madeja
se cuajó en tu mirada nebulosa
la última uva de la noche vieja.

Así fué. Y al morir la Dolorosa,
un ave negra le llevó al lucero
en el pico ladrón la mariposa.

Fué en un día tres veces agorero;
ese día de un mes, nos ha quedado
como el mejor para decir "Me muero".

Así fué, madre, el fin de tu bordado.
De tus hijas y nietas el gemido
puso a temblar el pino abandonado.

En hombros te llevaba el pueblo herido,
la múltiple cabeza descubierta,
y al pasar por San Luis, tu viejo nido,

el mundo de tu amor salió a la puerta
y el silencio de un hijo que lloraba
metió el pinar en tu cajón de muerta.

Aquí, conmigo estás; yo, que soñaba
viajar contigo, tengo en tu retrato
esa sonrisa que te iluminaba.

Y allá estarás, en el taller beato,
para vestir de blancos faldellines
a mi angelito negro y al mulato,

para llenar de azules escarpines,
tejidos con celajes y destellos,
la canastilla de los serafines.

Estamos con los hijos y hasta ellos
vemos caer la luz de tu mirada,
peinando con tu nombre sus cabellos.

Tenemos tu sonrisa iluminada;
la voz de tu trisagio y de tu misa
le grita a mi dolor: —¡No ha muerto nada!

Con bosque y mar, con huracán y brisa,
con esa misma muerte que te encierra,
de la gracia inmortal de tu sonrisa
llenos están los cielos y la tierra.

México, octubre de 1950.

Poder de comunicación emotiva, fuerza de contagio sentimental, claridad inteligente de lo humano, son dotes de la gran poesía popular de Andrés Eloy Blanco. Hay en su obra un valor de enlace, tiene sabor de vínculo, es poesía necesaria. Nos envuelve a todos, nos sujeta, al intelectual y al ignorante, al desdichado tanto como al venturoso. Yo he sido pueblo suyo al escucharle. Pero junto a esa parte de su obra, lanzada hacia lo exterior hoy llega a mí el llanto por la muerte de su madre, elegía profunda dicha para sí mismo, para lo más hondo de su ser, de su pasado. En su recuerdo, en la memoria del poeta hay que estar para recibir estos hermosos versos suyos, en donde late la mejor tradición poética española, la de Manrique o Garcilaso. Con el poeta estoy, no como auditorio sino como hermano, como si naciera de mí mismo su sentimiento, fuente de la más alta poesía. Cada vez que leo sus versos me parecen hijos de un dolor personal, íntimo. A UN AÑO DE TU LUZ, me nacen cada vez del alma.

Manuel Altolaguirre.

México, 1950.